

Reseñas bibliográficas

RITURBE SAIZ, Antonio-TOLLO, Roberto, (coords.), *San Alonso de Orozco. Culto, historia y arte*, Editorial Agustiniana, Guadarrama (Madrid) 2023, 347 pp., ilustr.

La Presentación de esta obra, firmada por Domingo Amigo, prior provincial de los agustinos de España -Provincia de San Juan de Sahagún-, señala que urge la difusión de la figura de San Alonso de Orozco para que los hombres de nuestro tiempo se enriquezcan con el “tesoro de su vida, su doctrina y su intercesión” (pp. 7-8). Un apretado perfil de Orozco traza Miguel Ángel Orcasitas, pasando a vuela pluma por los hitos más destacados de la vida: nacimiento en Oropesa, infancia en Talavera y Toledo, estudiante y agustino en Salamanca, escritor, maestro espiritual, promotor de la vida consagrada, su devoción a la Virgen María, y proceso de canonización (pp. 9-27). Algunas noticias recoge José María Gómez en su estudio sobre la estancia del joven Alonso de Orozco en Oropesa, Talavera y Toledo, que ayudan a conocer su faceta de cantor, músico y afición mariana (pp. 29-42). De Orozco escritor -origen de esa actividad, ideal y finalidad de sus escritos, dedicatorias y destinatarios de sus obras, y alcance e influencia de sus escritos- trata el ensayo de Carlos José Sánchez (pp. 43-62), en el que incluye la “Lista cronológica de obras y reediciones publicadas en vida de San Alonso” (pp. 44-46). Por su parte, Laureano Manrique comenta algunas características encontradas en las glosas de una serie de cuadernillos inéditos de Orozco, conservados en el Archivo de Agustinos Filipinos, de Valladolid (pp. 63-70). El trabajo de María Leticia Sánchez Hernández sintetiza la historia de los tres conventos de clausura femenina fundados por San Alonso de Orozco: San Ildefonso, de Talavera de la Reina; Santa María Magdalena, de Madrid; y Nuestra Señora de la Visitación, luego Santa Isabel, de Madrid (pp. 71-86). A su vez, Teófilo Viñas Román recrea la historia del convento San Felipe el Real, de Madrid, en el que residió el predicador regio casi tres décadas, y el convento-colegio de Doña María de Aragón, fundado por iniciativa del santo, donde pasó el último tramo de su vida, algo menos de año y medio, hasta el momento de su muerte, el 19 de septiembre de 1591 (pp. 87-108). Sobre la iglesia y el retablo pintado por El Greco, “artista independiente y de gran cultura” (p. 116), para el Colegio Doña María de Aragón, así como la presencia de los escritos de Orozco en el lienzo, versa el estudio de Roberto Muñoz Martín (pp. 109-119). Por su parte, Manuel Villegas Rodríguez, reconstruye los avatares del largo proceso de beatificación y las celebraciones más notables que tuvieron lugar en Roma, Valladolid, La Vid (Burgos), Oropesa, Talavera de la Reina y Madrid en 1882, año de la beatificación de Alonso de Orozco (pp. 121-135). El que fue postulador general de la Orden de San Agustín, Fernando Rojo Martínez, recrea la historia del “milagrito”

(1888), los trabajos llevados a cabo en la búsqueda y hallazgo de las actas del proceso diocesano en el Archivo Vaticano, las gestiones para que el “milagrito” fuese considerado auténtico “milagro”, dando paso a la consiguiente canonización de Alonso de Orozco (2002) (pp. 137-143). La historia detallada de los traslados y exhumaciones de los restos/reliquias de San Alonso de Orozco está firmada por Manuel Villegas Rodríguez (pp. 145-156).

A partir de la página 157 comienza la presentación de la iconografía orozquiana. En primer lugar, Roberto Tollo expone en lengua italiana las creaciones artísticas que surgieron con motivo de la beatificación (óleos sobre tela, dibujos, grabados, estandartes, estampas, acuarelas, medallas devocionales, etc.) (pp. 157-175); Pablo Panedas da cuenta de la iconografía orozquiana encontrada en las casas de Agustinos Recoletos, y las obras artísticas creadas en los últimos decenios por artistas recoletos acerca de San Alonso de Orozco, caracterizadas por su estilo “moderno e informal” (pp. 177-180); y Antonio Iturbe nos acerca a la “vera effigies” de San Alonso de Orozco, con sus atributos característicos: manos juntas, crucifijo en una mano, cabeza cubierta con la capucha o capilla del hábito agustiniano, y brazos cruzados (pp. 181-186). El mismo Iturbe, en el siguiente trabajo, rastrea desde las fuentes escritas más destacadas los atributos principales, reales y posibles, de la iconografía de Orozco: la azucena (= castidad, gracia, hermosura, pureza, humildad, blancura, luminosidad, etc.); la cruz de palo y crucifijo; pluma de escritor y doctor, hábito de color blanco para andar por el convento y negro para el exterior; etc. (pp. 187-200).

La segunda parte del libro, por así decir, ofrece el *Corpus* iconográfico de San Alonso de Orozco, esto es, la presentación de 82 imágenes orozquianas dispuestas por orden cronológico, acompañadas cada una de ellas por la correspondiente ficha técnica (título, lugar de conservación, nombre del artista, datación, características) y bibliografía, con una breve y precisa presentación contextualizada de cada óleo sobre lienzo, óleo sobre tabla, grabado calcográfico, grabado aguafuerte y buril, escultura, azulejo de cerámica, estandarte, relicario, ostensorio o expositor, vidriera, acuarela, medalla, y dibujo acuarela. En su mayoría las fichas están presentadas en español, salvo catorce de ellas que aparecen redactadas en italiano (ns. 17, 26, 38-40, 46, 50, 52-56, 62-63). Las fichas iconográficas orozquianas han sido preparadas, en su mayoría, por Antonio Iturbe, Roberto Tollo, Nayra García-Patrón, María Jesús Herrero Sanz, Roberto Muñoz y Jesús Rojas-Marcos González. La calidad de la iconografía de San Alonso de Orozco la encontramos en las creaciones realizadas por pintores (Bartolomé González, Alonso Sánchez Coello, Miguel Jacinto Meléndez, Luigi Vareli, Luigi Fontana, José María Romero López, Víctor Villán Aza, José María Rodríguez de Losada, Pietro Gagliardi, Tito Troja, Santiago Cuñado, Teófilo Galende, etc.); grabadores calcográficos (Juan de Courbes, Francisco Quesádez, Marcos Orozco, B. A. Coentgen, Félix Prieto, etc.); dibujantes (Miguel Jacinto Meléndez, Ricardo Huerta; Remigio Soler, etc.); grabadores (Bartolomé Palomino, Juan Comba, etc.); ceramistas (José Mansilla del Pino, Bartolomé Maura Montaner, etc.); escultores (Felipe Arrese Beitia, Manuel García Baíllo Bravo; Faustino Sanz Herranz, etc.); plateros (Matías Palomino, Eduardo Pérez, etc.).

La última parte del libro ofrece otras obras de iconografía orozquiana. En concreto aparecen treinta y nueve imágenes (dibujos, pinturas, grabados, esculturas, cerámica, vidrieras, etc.) de fray Alonso, no incluidas en la parte anterior del libro, pero sin el

estudio técnico-artístico correspondiente (pp. 263-268). En la última página de esta sección se apunta la imposibilidad de conseguir “fotos e información” de las imágenes de San Alonso de Orozco presentes en América y Filipinas. A continuación, viene la información sobre los recuerdos que se conservan de Orozco (correa, zapato, hábito, campanillo, etc.) en Talavera y en las Agustinas de Madrid (pp. 273-276), además de las ilustraciones de A. Blanco Lon (pp. 277-279), incluidas en la obra: *Vida popular del Beato Alonso de Orozco. Extractada de la del P. Tomás Cámara, por una religiosa del Convento del Beato Orozco de Madrid*, Imp. del Monasterio, El Escorial 1930, 107 pp.

La sección más lustrosa del libro lleva por título “Galería fotográfica” (pp. 281-326), con medio centenar largo de láminas a todo color (óleos sobre lienzo; estandartes; cerámicas; esculturas; vidrieras; acuarelas; óleo sobre tabla; medalla conmemorativa; grabados; acrílico; estampa; urna con los restos de San Alonso de Orozco; relicarios; un Cristo mutilado del facistol (Monasterio San Ildefonso, Talavera de la Reina); Retablo de El Greco para el Colegio Doña María de Aragón (Madrid); y cuadro-imagen de San Alonso de Orozco, obra del pintor Dante Ricci, que presidió en el balcón central de la Basílica de San Pedro, de Roma, la ceremonia de canonización el 19 de mayo de 2002.

La obra se cierra con las Siglas utilizadas (p. 311), la Bibliografía general (pp. 332-338), el Índice de artistas (p. 339) e Índice de nombres y lugares referentes a las fichas del corpus iconográfico (pp. 341-343), realizados estos dos últimos por Benito Mediavilla; la lista de Créditos fotográficos (p. 345) y el Elenco de los autores de los textos de las fichas iconográficas (p. 347). Al principio del libro aparece el Índice general (pp. 5-6).

Puestos a sacar algún lunar, imperfección o descuido observado en esta obra, sin ánimo de exhaustividad, señalo tres, todos ellos de menor importancia. De las cinco fundaciones conventuales del santo oropesano, no aparece expuesta la historia del convento San Agustín, de Talavera de la Reina, sí, en cambio, la correspondiente a las otras cuatro fundaciones, como ha quedado indicado más arriba. El apellido de la monja agustina curada milagrosamente por Orozco aparece escrito de dos formas diferentes “Lusi” (p. 126), y Luzi (pp. 128-129). Esta es la correcta. En la sección de Bibliografía, la entrada: Portillo 1751 (p. 336), dice: “t. I, pp. 383-402”, pero en esas páginas no se escribe del “Santo de San Felipe”, sí, por el contrario, en el tomo III, pp. 557-581. Aquel tomo y páginas corresponden a la edición realizada por Manuel Vidal del texto de Portillo, que incluyó en su *Historia del convento de Salamanca*.

En líneas generales, finalizada la lectura completa de esta obra, básicamente de iconografía de San Alonso de Orozco, comparada con otros santos de la Orden de San Agustín, nos parece que puede calificarse de pobre, escasa y mejorable, salvando lo presente. El personaje merece mucha más presencia artística en el mundo de la creación y la belleza, mediante la combinación de formas, colores, texturas y volúmenes. Ciertamente, la tardanza de su beatificación (15 de enero de 1882) y canonización (19 de mayo de 2002), nada menos que 411 años, cuatro siglos largos, desde su fallecimiento, justifica, en alguna medida, la no abundancia de la iconografía orozquiana. Debido a ello, quizá la Familia Agustiniiana, los artistas y creadores de nuestra época deberían involucrarse más y mejor en la creación de nuevas, cercanas y valientes obras artísticas referidas a la vida, obra y santidad de San Alonso de Orozco.

Esta obra, coordinada por Antonio Iturbe y Roberto Tollo, consumados especialistas en la preparación y edición de libros de iconografía agustiniana, nos ayuda a descubrir nuevas facetas de San Alonso de Orozco, de la manera como solo lo puede hacer el arte, despertando en nuestro interior sentimientos, emociones y pensamientos que adornaron la vida toda del más universal oropesano. Mi más cordial enhorabuena para Antonio y Roberto por el excelente trabajo realizado, ahora puesto a disposición de los lectores y admiradores del arte.- RAFAEL LAZCANO.

LEÓN, Fray Luis de, *De los nombres de Cristo* (=Biblioteca Clásica de la Real Academia Española), edición, estudio y notas de Javier San José Lera, Madrid 2023, xii-1027, [4] pp.

Corría el año 1583 cuando fray Luis de León publicó una de sus grandes obras, *De los nombres de Cristo*, escrita en la lengua castellana, usando para ello un estilo culto, cuidado y preciso. Su objetivo no era otro que presentar en romance -prosa española- la esencia de Cristo a través de los nombres que aparecen en las Sagradas Escrituras. De este modo levanta, forma, construye una obra sin parangón en la literatura universal y de elevadas cimas teológicas, asentada en un arduo, denso y estructurado quehacer bíblico, teológico y literario. Quizá porque la prosa luisiana resulta “elegante, cuidada, selecta, rítmica” (p. xi), la obra *De los nombres de Cristo* ha sido estimada desde siempre por críticos literarios, teólogos y poetas, motivo por el cual nunca han faltado lectores que buscan no solo deleitarse en la grandeza de su estilo literario, sino enriquecer su espíritu con la luz que desprende el ingenio creativo de fray Luis, estimado como sabio, maduro y cabal.

La presente edición preparada por Javier San José Lera, reconocido y destacado especialista del Maestro León, corrige y aumenta (pp. 635, 650) la primera edición (Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona 2008). El estudio preliminar, firmado por el académico de la Lengua Fernando Lázaro Carreter e incluido en la primera edición (pp. ix-xxv), ha sido suprimido en esta segunda edición. El texto base para la edición está tomado de la tercera impresión de la obra (Guillermo Foquel, Salamanca 1587), la última supervisada por fray Luis de León, y para el nombre de “Cordero” se recurre a la cuarta edición (Justo Fernández, Salamanca 1595), la primera que lo incluye. El editor, Javier de San José, con acertado criterio, usa también otras ediciones, como las salmantinas de 1583, 1585, 1595 y 1603; la edición de Barcelona (Pedro Malo, 1587); las dos valencianas aparecidas en el mismo año de 1770, una en el taller tipográfico de Benito Monfort y la otra en el de Salvador Faulí; la edición de Antolín Merino (1805) en su reedición a cargo de Conrado Muiños (Madrid 1885); las preparadas por Federico de Onís (Madrid 1914-1921), Félix García (Madrid 1944; última edición revisada, 1991), Cristóbal Cuevas (Madrid 1977) y Antonio Sánchez Zamarreño (Madrid 1991), entre otras. A su vez, el editor presta atención a las observaciones ofrecidas en las tablas de enmiendas de las respectivas ediciones.

Acorde con los criterios científicos empleados por Javier de San José en *De los nombres de Cristo*, la presente edición puede calificarse de edición crítica y erudita,

dado su vasto aparato crítico -señalamiento de variantes y análisis descriptivo de las mismas- y la abundancia de reflexiones que ofrecen las notas complementarias, siempre ricas, valiosas y oportunas, emanadas de un selecto grupo de estudios luisianos conocidos por el editor, además de sus amplísimos conocimientos. En efecto, a cada paso el lector se encuentra con anotaciones y explicaciones que contextualizan la obra luisiana desde las variadas ramas del saber humanístico: filología, teología, exégesis y literatura castellana. Una edición para ser leída despacio y sin urgencias, de modo reposado y reflexivo, adentrándose en los catorce nombres dados a Cristo, presentados en tres libros, con sus respectivas dedicatorias, y según el orden marcado por el mismo fray Luis: Pimpollo, Faces de Dios, Camino, Pastor, Monte y Padre del siglo futuro, en el Libro primero; Brazo de Dios, Rey de Dios, Príncipe de la Paz y Esposo, en el Libro segundo; Hijo de Dios, Cordero, El Amado y Jesús, en el Libro tercero.

Al contrario de lo que suele ser lo habitual en la edición de obras clásicas, el estudio introductorio del editor, titulado en esta ocasión “Fray Luis de León y ‘De los nombres de Cristo’”, y que ocupa 175 páginas (pp. 475-650), se presenta a continuación de la edición crítica de la obra. El extenso estudio sintetiza varios elementos temáticos: la gestación de la obra; el género literario (diálogo renacentista); el escenario espacio-temporal de los dialogantes; los personajes; el papel o guion como elemento integrador del discurso dialogal, aspecto que ha dado lugar a diferentes interpretaciones a raíz de la aparición del cuadernillo titulado *De nueve nombres de Cristo* entre los papeles de San Alonso de Orozco, que Javier San José expone con brevedad el contenido de cada postura, y las discusiones surgidas entre autores de mayor significación, como Conrado Muiños, Gregorio de Santiago Vela, Ángel Custodio Vega y Miguel de la Pinta; la tradición eclesiástica de los nombres de Cristo; la teoría del nombre; la estructura y desarrollo de la obra; la disposición de los contenidos y el uso de los estilos retóricos; la historia crítica de las ediciones; y los criterios de la presente edición. Cierra la obra la sección de Bibliografía, donde elenca por orden alfabético de apellidos unos novecientos trabajos, en su mayoría estudios luisianos que ha consultado/estudiado/citado Javier de San José en la preparación de la edición.

De los nombres de Cristo, editada por Javier San José, consigue ofrecer al lector un texto correcto, riguroso y “moderno”, dado que regulariza varias graffias -salvo graffias antiguas de nombres propios-, moderniza formas verbales y grupos ortográficos, además de resolver la práctica totalidad de las abreviaturas y unificar la división de palabras. En cuanto a la acentuación y el uso de mayúsculas sigue las últimas normas de ortografía propuestas por la Real Academia Española. Para la puntuación sigue criterios propios, a sabiendas de que se ajusta tanto a la perspectiva áurea como al discurso moderno. Usa la *cursiva* en las palabras extranjeras y los textos que aparecen en el “papel” recogidos al comienzo de cada nombre de Cristo, y las comillas simples para las menciones metalingüísticas.

Si encomiable y recomendable resulta la presente edición crítica, no de otra manera debe calificarse la sección de “Notas complementarias” al aparato crítico del texto elaborado por San José Lera, donde el lector y estudioso encuentra a lo largo de dos centenares y medio de páginas (pp. 699-949), erudita información, explicaciones abundantes, comentarios razonados, valoraciones críticas e indicaciones pertinentes para una posterior ampliación del conocimiento de numerosos temas presentes en *De los nombres de Cristo*.

Mi más cordial enhorabuena a Javier San José Lera, luisólogo destacado desde hace varias décadas, y también a la Real Academia Española, sello tipográfico prestigioso, que edita con esmero y pulcritud obras inmortales de la literatura española. - RAFAEL LAZCANO.

RUIZ DURÁN, Manuel, *Fábrica de los Ermitaños de San Agustín. Casas, tierras y pías obras en la ciudad de Badajoz (s. XVI-XIX)*. Tecnigraf Editores. [Badajoz 2023], 269 pp.

El autor de este libro, don Manuel Ruiz Durán, párroco de Santa María la Real (San Agustín), de Badajoz, canónigo mayordomo de fábrica de la Santa Iglesia Catedral de San Juan Bautista, de Badajoz y especialista en la historia cultural, religiosa y patrimonial del convento pacense de San Agustín, transcribió la documentación en tiempo de la pandemia de covid-19, pues comenzó la labor el 14 de marzo de 2020 y la concluyó el 2 de febrero de 2021. El libro se editó en los talleres de Tecnigraf, S.A., de Badajoz, el 27 de agosto de 2023. Sus páginas ofrecen la documentación encontrada en el Archivo Histórico Nacional, el Archivo Biblioteca Bellas Artes de San Fernando y el Catastro del Marqués de la Ensenada sobre las propiedades de casas (pp. 23-172), tierras (pp. 173-252) y pías obras (pp. 253-266) vinculadas al convento San Agustín, de Badajoz. El elenco de propiedades urbanas del convento San Agustín están dispuestas por calles y número de propietario y/o inquilino. Las noticias aportadas nos parecen de notoria relevancia por múltiples motivos. Con ellas conocemos mejor el urbanismo y la población de Badajoz, el nombre de los propietarios de bienes inmuebles (casas, terrenos, edificaciones varias), descendientes o herederos, las familias afines al convento agustiniano, las profesiones, la mentalidad de cada época, el estado patrimonial y valor de las propiedades, los pleitos, la situación económica de la población y el rendimiento de bienes y haciendas, las creencias religiosas, las festividades, las memorias de misas, las profesiones y los trabajadores en las mismas, así como el nombre de provinciales, priores, religiosos, procuradores, administradores, algún que otro novicio agustino, albaceas testamentarios, presbíteros, capellanes, alcaldes mayores de la ciudad, regidores, escribanos, abogados, procuradores y otros funcionarios civiles y eclesiásticos. Se ofrecen también noticias del Hospital de la Santa Veracruz, Hospital de la Concepción, ermitas, cofradías, conventos y monasterios no agustinianos, los daños causados por el terremoto de Lisboa (1755) a cuatro casas pertenecientes al convento. Esta obra informa también del extravío de documentos -escrituras, censos, hipotecas, donaciones, testamentos, enajenaciones, etc.- y papeles varios del archivo conventual en tiempo de la Guerra de Independencia, llevado a cabo por las tropas de Bonaparte (pp. 43, 45). La segunda parte, Propiedades de tierras, presenta una descripción documental de 55 tierras -olivares, viñas, huertas, rozas, molinos harineros, etc.- que fueron propiedad del convento agustino: 12 del siglo XVI, de las cuales 3 se sitúan entre 1528 y 1849; 18 del siglo XVII, situadas entre 1613 y 1832; 5 del siglo XVIII; 18 tierras del siglo XIX, redimidas entre 1839 y 1845; y 2 de fecha ignota. Las vides estaban situadas en el término La Granadilla, San Miguel, Cerro del Viento, Dehesa de la Becerra, Dehesa

Figuroa, Mayorazgo de Francisco Friele, Huerta Cardeñosa (Hinojales), La Cardeñosa, Lebratos, Lebratillos, Pando, Torrequebrada, Valdesevilla, La Pineda, Vega de Mérida, Vega Alta de Mérida, Valdelebrato, Albercón, Picuriña, Vado del Moro, Cañada de Sancha Brava, etc. La tercera parte, titulada Pías Obras, presenta 99 [no 100] son obras piadosas vinculadas al convento San Agustín, de Badajoz, ordenadas de esta forma: capellanías (21), misas (40), obras pías (9), vínculo y mayorazgo (10), fundaciones (7), patronato (5), y deuda con interés (7). La obra pía más antigua reseñada pertenece a José Caballero, presbítero, y su hermano fray Alonso (1501), formado por 62 reales anuales de un olivar de Alarcón de la Vega (p. 261), y la más cuantiosa a Juan Montilla Chávez (1597), que dona al convento 203 ducados y 11 reales anuales sobre una casa en la calle Morales (p. 262). Aunque la obra carece de los índices onomástico y temático, imprescindibles en investigaciones históricas, resulta de obligada consulta y estudio para quienes deseen profundizar en el conocimiento del pasado del convento San Agustín, vinculado a la ciudad de Badajoz, con notorias aportaciones de historia social, económica, demográfica, patrimonial, religiosa y agustiniana.- RAFAEL LAZCANO.